

Rosa María Cid López – Almudena Domínguez Arranz – Rosa María Marina Sáez (eds.), *Madres y familias en la Antigüedad. Patronos femeninos en la transmisión de emociones y de patrimonio* (=Piedras angulares s/n), Gijón, Ediciones Trea, 333 pp. [ISBN: 978-84-18-105-42-5].

Historiar las emociones no es una tarea sencilla, ya que analizar los sentimientos y pensamientos en las sociedades pasadas hace que la frontera entre la objetividad historiográfica y la subjetividad de quien investiga sea más difusa que nunca. No obstante, la obra colectiva que aquí se reseña muestra no sólo que la Historia de las Emociones es una rama historiográfica fructífera, sino también que la intersección entre emociones y género puede abordarse desde múltiples perspectivas, y además con la maestría que demuestran en sus páginas tanto las especialistas consagradas como la generación más joven. El libro surge de las investigaciones presentadas en el V Seminario Internacional del Grupo Deméter, celebrado en Zaragoza en 2018, y está dividido en cuatro secciones temáticas con un total de 19 capítulos.

La primera sección, “Los orígenes de los modelos familiares occidentales. Grecia, Iberia y Celtiberia”, se abre con un capítulo de Susana Reboreda titulado “Emociones en femenino, de madres a hijas” (pp. 21-38). En él analiza la transmisión madre-hija de los rituales funerarios griegos y cómo las mujeres buscaron formas de mantener su presencia en dichos ritos después de que las normativas del siglo VI a.n.e. trataran de minimizar el protagonismo femenino en ellos. A continuación, Dolores Molas se sirve de las teorías sobre la performatividad de género y la identidad lesbiana para reflexionar sobre el mito ovidiano de Ifis y Yante en “Emociones maternas y homoerotismo femenino en una sociedad heteropatriarcal” (pp. 39-53). Con este enfoque aborda las emociones de las protagonistas del mito, pero también las reacciones de la sociedad romana en general acerca de aquellas uniones que transgredían la norma. En el tercer texto de este bloque, “De madres a hijas” (pp. 55-66), Dolores Mirón explora las memorias arquitectónicas femeninas en los santuarios helenísticos a partir de tres estudios de caso: Crisina (Cnido, siglo IV a.n.e), Apolonis (Pérgamo, siglos III-II a.n.e) y Faena (Mantineia, siglo I a.n.e.). Esta perspectiva le permite tratar la agencia femenina a través de la religión, y cómo estas mujeres desarrollaron estrategias para involucrarse en el ámbito público sin quebrantar las normas sociales. El siguiente capítulo corre a cargo de Elena Maestro y se titula “Mujer, mujeres ibéricas” (pp. 67-82). En él la autora repasa las formas de representación de las mujeres ibéricas y su relación con su posición social. Finalmente, la sección se cierra con una aportación de Gabriel Sopena. En “Mujeres y memoria en Celtiberia” (pp. 83-96), Sopena analiza el papel de las celtibéricas como transmisoras de memoria a través del vaticinio religioso y la apropiación de esta figura en la literatura latina para convertirla en parte del imaginario colectivo romano.

La segunda sección lleva por título “Madres, familias y élites en la sociedad romana. Poder, sumisión, afectos y patrimonio”. Comienza con el capítulo

“Maternidad y filiaciones en la Roma primitiva” (pp. 99-114), escrito por Julia Guantes, en el que se reflexiona sobre cómo la historia del secuestro de las Sabinas fue empleada para explicar los orígenes de Roma y cómo las mujeres –o más bien las mujeres tal y como las construyeron los varones–, se convirtieron en símbolos de estabilidad política y en piezas clave de la identidad comunitaria. Una cuestión que se aborda también en “Virginia y la muerte de una doncella en la Roma de los decenviros” (pp. 115-132), donde Rosa Cid analiza cómo los padres romanos controlaron el destino de sus hijas para favorecer sus propios intereses. Para ello, estudia los conceptos de *pudicitia* y *virtus* como parte de las emociones familiares y colectivas. El tercer capítulo, “De Caya Cecilia (*tanachvil*) a Julia la Mayor” (pp. 133-149), escrito por Almudena Domínguez, establece una comparación entre Tanaquil, Tulia, Livia y Julia la Mayor que le sirve como base para analizar la participación femenina en la forja y consolidación de las dinastías gobernantes romanas. A este trabajo le sigue “Un matrimonio *sine manu*” (pp. 151-169), en el que Borja Méndez aborda la agencia económica de Terencia y su papel cohesionador en el ámbito familiar. Destaca la forma en la que el autor consigue perfilar la personalidad y las motivaciones de Terencia a través del análisis crítico de lo que Cicerón cuenta sobre ella. Tras este texto, Francesca Cenerini estudia en “I modelli della maternità delle Augustae in età Giulio claudia” (pp. 172-185) el papel esencial que tuvieron las julio-claudias en el fortalecimiento de la familia imperial y la consolidación del sistema político recién nacido. El bloque se cierra con “Odio heredado” (pp. 187-201), una aportación de Pedro David Conesa y Rafael González en la que exploran el conflicto entre Julia Domna y Plauciano, sus posibles motivaciones y su desarrollo. Además, analizan cómo Domna transmitió a sus hijos su animadversión por Plauciano empleando un interesante y original concepto, el del sentimiento que se hereda como parte de un patrimonio familiar inmaterial.

Tal y como indica su título, “Mujeres y familias en la epigrafía latina. Madres, hijas, esposas y esclavas”, el tercer bloque del volumen contiene estudios de tema epigráfico. Se abre con un texto de Francesca Reduzzi, “Patrimoni femminili in Campania in età Giulio-claudia” (pp. 205-219), acerca de la acumulación de patrimonio y la participación en transacciones económicas de algunas mujeres que habitaron la región campana en el siglo I n.e. En el capítulo siguiente, “*Matris maeror*” (pp. 221-237), M^a Teresa Muñoz aborda las inscripciones maternas como forma de expresar las emociones, en este caso por la muerte de la descendencia, pero también como estrategia de ocupación del espacio público. A las expresiones de afecto hace también referencia M^a del Carmen Delia Gregorio en “*Filiae dulcissimae et desiderantissimae*” (pp. 239-254), ciñéndose en este caso a la epigrafía funeraria de Tárraco, de la que también es capaz de inferir patrones sociales. Finalmente, en “Emociones, familia, maternidad y esclavitud en la Roma antigua” (pp. 255-271), Carla Rubiera nos acerca a las emociones familiares en contexto esclavo. Hace referencia a aquellas sensaciones que percibimos cuando leemos en las fuentes detalles sobre las vidas serviles, pero también a la agencia emocional de las personas esclavizadas y a los vínculos que establecieron entre ellas.

La cuarta y última sección se titula “Transmisión de los valores patrimoniales y afectivos en el Mediterráneo antiguo y su pervivencia”. La abre José Antonio Beltrán con el capítulo “Madres y maternidades en los epigramas de Marcial” (pp. 275-288), en el que explora la representación de las *matres* en este autor, ahondando en la caracterización – eminentemente negativa – de la maternidad en los epigramas y su

porqué. En el segundo capítulo, “Gioielli e figli” (pp. 289-303), Aglaia McClintock analiza la maternidad que se exhibe con orgullo, comparando la función patrimonial económica de las joyas con el patrimonio moral que eran para las romanas sus hijos e hijas. A continuación, Lidia González reflexiona en “La sacralización de las relaciones familiares” (pp. 305-320) sobre la dimensión emocional de la *pietas*, cómo ésta se encontraba atravesada por el género, y cómo permitió a las romanas ampliar su agencia más allá de lo que en principio la sociedad consideraba moralmente aceptable para ellas. La sección se cierra con “Modelos maternofiliales y transmisión de valores de la Antigüedad clásica en el *De institutione feminae christianae* de Juan Luis Vives” (pp. 321-333), a cargo de Rosa Mª Marina, un salto hasta el siglo XVI que permite apreciar cómo los textos greco-latinos han sido utilizados en épocas posteriores como argumento de autoridad, en este caso para reforzar las ideas que Vives expresó en su obra dedicada a la crianza y educación femeninas.

Visto en conjunto, uno de los puntos fuertes de este libro es cómo el patrimonio se ha entendido como un concepto amplio que abarca lo material, pero también lo simbólico. Así, propiedades, joyas y acciones evergéticas se intercalan con escenas cotidianas e íntimas, expresiones de afecto y sentimientos como la tristeza y el odio, tanto en los textos de corte más clásico como en los que emplean enfoques y conceptos menos trabajados en Historia Antigua, tomados en su mayoría de los estudios emocionales o *Affect Studies*. Además, el volumen destaca por el excelente manejo crítico de las fuentes. Las/os autoras/es conocen a la perfección la documentación disponible para los temas que abordan y hacen dialogar a las fuentes entre sí sin perder de vista ni la particularidad de cada una de ellas ni el hilo conductor de la investigación. Finalmente, cabe resaltar el aparato bibliográfico, distribuido al final de cada capítulo, que reúne las principales publicaciones de los últimos 30 años sobre mujeres antiguas y será de gran utilidad a quienes se acercan por primera vez a la materia. En resumen, *Madres y familias en la Antigüedad* es una recopilación de excelentes investigaciones acerca de la familia antigua, pero también un texto de referencia para todos los trabajos futuros sobre las emociones en la Antigüedad, los cuales seguro crecerán exponencialmente en los próximos años.

Sara Casamayor Mancisidor
Doctora por la Universidad de Salamanca
saracasamayor@hotmail.com